

HUMBOLDT 24, Cuernavaca. El "Zacuall" de Jacques Laruelle era, en realidad, el departamento que da a la calle y que hoy sólo muestra una torre. Destartada, despintada, envejecida espera comprador; SE VENDE (¿quién pudiera comprarle!) y entré. El Jardín del Edén, el mismo en el que Geoffrey y su vecino Quincey dialogaron a propósito de serpientes, tigres y elefantes. El jardín en el que, de alguna manera, el Cónsul advierte y revierte el letrero obsesivamente, "¿Le gusta este jardín que es suyo...?"

Miré el porche del bungalow que está cerca de la alberca: Firmin dormía placidamente y dentro se escuchaba el llanto queo de Yvonne. Las paredes, un poco menos descascaradas, moledándose en las sombras, me regresaron al tiempo recobrado.

La calle ha quedado estabilizada por cuarenta años en el tiempo y en el espacio. Todo es exacto a lo que se dice de ella en la novela, con lo cual las vibraciones se hacen sentir cada momento más y más fuertes. ¿Se podía romper la estabilidad y entrar, de plano, en la Calle Nicaragua? Y, entonces, ¿comenzarían a pasar las imágenes, por ejemplo, de "mezcalito" (erguido como un Tasteroson) hablando con Hugh en aquella sinuosa calle sin banquetas que: "se precipitaba, cada vez con mayor inclinación, casi siempre entre altos muros por encima de los cuales sobresalían los árboles"? El Cónsul. Con una bolsa de huevos en la mano (para el desayuno de Yvonne), vestido de smoking (aunque sin calcetines), caminando detrás de su esposa. O la imagen de Geoffrey tirado a media calle y sorprendido, mientras el coche sport se detiene y un acento inglés decía: "¡Hola!, ¿qué pasa ahí?... Imágenes, escenas en la calle Nicaragua.

Fue entre el 36 y el 38 cuando Lowry conoció la calle Nicaragua. La tragedia, parece, se instaló ahí, junto con Ian Gabriel: "Vivía yo en otro departamento, de la misma casa, en la planta baja..." En el bungalow que queda al fondo del Jardín del Edén y junto a la alberca de mínimas dimensiones. En 1945 volvió al mismo sitio, con Margerie,



"se vende" la casa de malcolm lowry en cuernavaca

Por José Manuel Díaz Gastine

para rentar el departamento que da a la calle: "...El azar me llevó a vivir en la misma torre que sirvió de modelo para la casa de M. Laruelle, la que hace diez años sólo conocí por el exterior..."

La traición se cometió aquí, en la torre, entre libros y en sillones Yvonne y Laruelle, empujados uno hacia el otro, como antes también Hugh, se amaron confusamente. Y en el toldón de aquella casa tuvo lugar una de las escenas más dolorosas, cuando ella le suplica a Geoffrey que dejen todo y se vayan. "Por favor, Geoff...", pero el Cónsul no puede, ni quiere. No es posible; lo que tiene que suceder, sucederá, "es inevitable". No hay, por otro lado, perdón para ella ni para sí mismo. "...La escena ocurre en la torre desde donde le escribo esta carta..." Desde el símbolo más visible de su culpa y castigo.

A través de toda la novela se encuentran referencias (precisas y, a veces deliciosas) de la casa de M. Laruelle, "junto a la barranca", y la frase, que junto con el letrero en el Jardín del Edén, "No se puede vivir sin amar", es uno de los símbolos más obvios, aparece grabada en letras de oro en una piedra empotrada bajo la ventana de la torre izquierda. La torpe excusa de la traición.

Consciente de lo que en ese lugar había sucedido, el Cónsul es irónico al referir a

su pobre dueño: "...Su «zacuali» en la calle Nicaragua, su inútil torre contra el segundo diluvio..."

Para Lowry resultó un lugar ideal. Después de todo, los elementos integrantes del aparato físico de su novela estaban al alcance de su mano viviendo en Humboldt 24. Porque si ya se ha dicho que el departamento de dos pisos que da a la calle es el modelo de la Casa de M. Laruelle, sólo se ha insinuado que al fondo del Jardín del Edén está (todavía igual, según parece) el bungalow que le sirvió como modelo de la casa del Cónsul e Yvonne. Aunque alguien afirma que esa casa no existe y que procede directamente de la imaginación del autor, lo cierto es que el bungalow que está a la orilla de la piscina es el modelo al detalle. Pequeño (descarnados de la novela todos los sitios resultan pequeños, casi insignificantes) y avejentado, pero aún con el sabor de la casita de la "vieja Cuernavaca". Un porche donde se mueve apaciblemente una hamaca vacía. Tejas que fueron rojas y que sustentan hermosos manchones de musgo. Un piso resquebrajado y soledad. El silencio es, también, notable. Como si todo, los objetos, se hubiera cansado de esperar el retorno imposible.

Por otro lado, aunque precisamente ahí mismo, se refleja un cielo azul en una pequeña alberca en la que resulta difícil

imaginar a Yvonne y a Hugh nadar y reír. Mientras Geoffrey esconde o rescata la hermosa botella de toquilla en algún rincón del jardín. Usted recuerda que Hugh le había dado unos retoques antes de que regresara a su ex cuñada, como intentando, premonitory y nada lógicamente, que la bienvenida fuera menos desesperante. Y, en efecto, su corazonada fue correcta: para Yvonne la alberca resultó ser un oasis en medio del desierto. Y ahí sigue, según parece. Después de haber sido convertida en La Piscina, reintegrada a sus parámetros humildes de alberca increíble.

La casa de M. Laruelle está habitada actualmente por dos estudiantes norteamericanas. El departamento es, por dentro, bastante tétrico: dos cuartos, piso de madera, un baño. Todo sumado en la más completa vetustez y obscuridad. El piso rechina y no resulta fácil reorganizar aquel panorama entre las páginas del Volcán. Sin embargo, el baño, seguramente, es el mismo. Y esto impresiona bastante. Porque es ahí donde el Cónsul, mirándolo a Laruelle, exclama y grita, sin que, por supuesto, nadie lo oiga, que la realidad es asquerosa. Pero su amigo simplemente se está bañando. Debe de limpiar a la feria, con Yvonne, antes de que ella se vaya a Tomalin para la corrida. El Cónsul baja las escaleras y lo ve. Ya no existen. Habla, recuérdese, otra torre que ha desaparecido. Y lo ve bañándose, desnudo, asquerosamente real y, por una maldición del destino recuerda lo que sabe.

Ahí que en ese departamentito obscuro aunque no precisamente ahí, se desarrolla esta escena que comunica con la de la Rueda de la Fortuna, donde ésta sacude y vuelve de cabeza al pobre Cónsul. Aunque muy poco después, y sin embargo antes del incidente del indio muerto en el camino, esté el Salón Ofelia. Aunque más tarde se pueda leer en algún letrero flechado que ese es el camino "A Paríán" y usted sabe todo lo demás.

EN alguna biografía de las muy buenas que existen sobre Lowry, alguien cita ese párrafo que tiene una gran significación y relata cómo M. Laruelle, después de haber estado jugando al tenis con el Dr. Díaz Vigil en el Casino, y haber estado recordando la tragedia del Cónsul, regresa a su casa pero, para no pasar por la de su amigo asesinado y ver la luz en su ventana, da un gran rodeo. Y, entonces, el biógrafo se equivoca y cree que, o bien la casa del Cónsul está en otro sitio o, simplemente, que no existe como modelo. Pero es cuando hay que pensar en esa curiosa transposición o, mejor, recreación que hizo Lowry. Del todo (Humboldt 24) hizo partes admirablemente independientes entre sí: la casa de Jacques Laruelle, la de Geoffrey e Yvonne, la alberca y el Jardín del Edén y, por otro lado, muy cerca de ahí (no en Paríán, no en otro pueblo) la Cárcel de la Policía Militar que está en la calle de Alcabalero, a unos metros de Humboldt. Disociación y reparto. El respetablemos es más sencillo de lo que parece. Aunque para hallar la hermosa y tan necesaria Iglesia de la Virgen de los Desheredados, haya que irse, de contraria manera, no al centro de Quauhánhuac, sino hasta Oaxaca. Igual que para encontrar "El Farolito", El Infierno y uno que otro sitio que "estaban" en Cuernavaca. La realidad ha servido, bajo una voluntad de mando, para ser reubicada dócilmente según las necesidades de la ficción. Y esto es, además de difícil, muy hermoso. La creación no tiene reglas subordinadas a la realidad. Pero, quizá en función de esto mismo, es que algunos estudiosos de Lowry que con regla y compás en las manos han tratado de descifrar esta **romana en cief** en lugar de interpretarla, se han equivocado y han dado, muchas veces, gato por liebre, sin mala intención... No se diga ya de los niveles más profundos de la obra a los que aludía, esperanzado, el autor. Porque los sitios son, ni quien que haya leído el Volcán lo dude, importante en la medida de que lo fueron para el Cónsul Lowry, pero, después de todo, son parte de un primer y superficial nivel. Debajo están los otros. Pero de alguna manera hay que entrar a ellos y no de cualquier forma. Sino a través de los sitios. Porque, sin duda, de ahí comienza a emanar el perfume que se intensificará mientras más se descienda al gran abismo que está, también sin dada alguna, bajo el volcán.